

¿Cómo fuera posible mantenerla,
 Tomando tantos medios de perderla?
 Jesus en otro tiempo preguntaba,
 ¿Si cuando el fin del mundo llegaria,
 Mucha fe entre los hombres hallaria?
 ¿Pero por qué hasta entónces aguardaba?
 Divino Salvador, ¿si ahora vinieras,
 Mucha fe entre nosotros ver pudieras?
 ¡Ah! no me quites este don divino,
 No me apagues la luz en el camino,
 No me prive tu dulce providencia
 De esta parte preciosa de tu herencia.
 Castigame, Señor, esto es muy justo;
 Mas no me des la pena, ni aun el susto,
 De que pueda jamas la fe sagrada
 De mi fiel corazon ser arrancada.
 Gracias te doy, Señor, de que tus luces
 Me diste, y que por ellas me conduces
 Con preferencia á tantos, cuya suerte
 Es gemir en las sombras de la muerte.
 ¿Qué hice para obtener don tan sublime?
 ¡Oh cuánto es bien que mi razon lo estime!
 Y que mi corazon con ansia tierna
 Te ofrezca amante gratitud eterna.

POEMA IX.

**LA DIGNIDAD DE
CRISTIANO.**
PARTE PRIMERA.

TÍTULO no hay tan grande y soberano,
 No hay don tan inefable y tan sublime,
 Ni nombre que un cristiano tanto estime,
 Como el divino nombre de cristiano.
 La fe santa al cristiano reverencia,
 Y le ve el mismo Dios con complacencia.
 Esto lo manifiesta en los honrosos
 Timbres ilustres, dones prodigiosos,
 Con que le honra su gran magnificencia;
 En la alta dignidad de su modelo,
 Que es el que debe dirigirle al cielo;
 En que tan alta mira le permite,
 En que tan alto anhelo en él existe;
 Y en fin, para decirlo sin tardanzas,
 En la grandeza de sus esperanzas.
 Por estos rasgos conocer podemos
 Lo que ya somos, lo que ser podemos.

Consideremos pues, ¿qué es un cristiano?
 Un discípulo fiel de Jesucristo,
 Qué con buen corazón y juicio sano,
 Sigue el ejemplo que en Jesús ha visto;
 Que por la fe divina iluminado,
 Y por el Evangelio gobernado
 Conoce las verdades celestiales,
 Y practica virtudes inmortales.

Gracias divinas, dones gloriosos,
 Que Jesús con sus méritos preciosos,
 Derramando su sangre inestimable,
 Adquirió para el hombre miserable;
 Pues que de nuevo le ha engendrado él mismo
 En las aguas sagradas del bautismo.

¿Qué es un cristiano? Un hombre que atesora,
 Un miembro vivo del Jesús que adora;
 Pues los cristianos que á la gracia nacen,
 Unidos entre sí un cuerpo hacen.
 Jesús es la cabeza
 Que á todos estos miembros está unida,
 Y como todos viven con su vida,
 Todos deben vivir con su pureza.

Así cada cristiano es vivo templo
 En que habita el Espíritu divino,
 Y debe persuadirlo con su ejemplo,
 Marchando sin desvío á su destino.
 Pedro los llama, y sus elogios canta,
 Sacerdocio real, la nación santa,
 Pueblo de adquisición, pueblo sagrado,

Que Jesús con su sangre ha conquistado.

¿Qué títulos, ó Dios! ¿qué caracteres!
 Cristiano, si alcanzaras
 Lo que aspiras á ser, y lo que eres,
 ¿Cómo no te enfrenaras,
 Y léjos de sufrir desórden tanto,
 Pudieras ser cristiano sin ser santo?

¿Qué es un cristiano? Un hombre que no anhela
 Mas que á un bien inmortal; que solo vive
 Con lo que el Evangelio le prescribe,
 Y sobre Jesucristo se modela.
 Los cristianos salidos de esta escuela
 Eran hombres heroicos, superiores
 A todos los que vieron sus mayores;
 Hombres tan nuevos, que jamás se vieron,
 Que los gentiles nunca conocieron;
 Héroes, que á los mortales sorprendían,
 Por las altas virtudes que ejercían.

Los discursos siempre eran verdaderos,
 Sus sentimientos fieles y sinceros;
 Rectitud y pureza de intenciones,
 Justicia, integridad en las acciones,
 Sin fausto ni soberbia la modestia,
 La humildad sin bajeza ni molestia.

Si tienen sus pasiones como humanos,
 Las saben contener como cristianos;
 De todo su reposo y sus placeres
 Hacen el sacrificio á sus deberes;
 Huyen de los elogios, los evitan,

Y solo merecerlos solicitan ;
 En un asilo obscuro y retirado
 Se hurtan á los favores de la suerte ;
 Los temen poco ménos que al pecado ,
 Pero mas al pecado que á la muerte.

Tal es el hombre cuando es buen cristiano :
 Por su virtud parece mas que humano ;
 Y cuando así no lo es , el cristianismo
 Lo desapruueba , lo condena él mismo ,
 Le dice sin cesar que se contenga ,
 Y que su dignidad mejor sostenga.

¡ Dignidad del cristiano ! ¡ Quién entiende
 Todo lo que este nombre en sí comprende ?
 Para poder formarse alguna idea ,
 Basta que en él se vea
 El alto sentimiento que le nace ,
 Y como á todo superior le hace .
 ¡ O Dios ! ¡ cuántos he visto desgraciados
 Al rigor de la suerte abandonados !

Mas cuantos males en la tierra abundan
 Caigan sobre el cristiano y le confundan ,
 Que de sus bienes le hayan despojado ,
 Que de todos se vea abandonado ,
 Que su salud flaqueé ,
 Que su vida vacile y titubée ,
 Que en fin ser infeliz en todo pueda ;
 Nada ha perdido si la fe le queda .

Despojado de todo , en un abismo
 Es mayor , porque es grande por sí mismo ;

Y en destino tan mísero y adverso ,
 Sin que su corazon se desanime ,
 A los ojos dará del universo
 Aquel grande espectáculo sublime ,
 Que un pagano decia ,
 Que hasta del mismo Dios digno seria
 Un inocente , que sin culpa alguna
 Lucha contra el rigor de la fortuna.

Así , á pesar del mundo y sus errores
 La fe le hace triunfar de los favores
 Que el engañoso mundo le encarece ,
 Porque se los disipa y esclarece .
 Le hace triunfar de su dulzura necia ,
 Porque ve su perfidia y la desprecia ;
 Y en fin de los terrores que le envia ,
 Y que con rostro firme desafía ;
 Pues ¡ qué puede temer el esforzado
 Que no teme á otra cosa que el pecado ?

Sin duda que elevarse sobre el mundo ,
 Que en tantas seducciones es fecundo ,
 Es grandeza del alma ,
 Y adquirir del valor la hermosa palma ;
 Pero elevarse á sí sobre sí mismo
 Es todavía mas , es heroísmo .
 ¡ Qué objeto es ver al hombre miserable
 Que se declara á sí guerra implacable ;
 Que de su propio corazon tirano
 Empuña el arma , y con su misma mano
 Arranca la raiz de sus pasiones ,

Corta todos los riesgos y ocasiones,
 Sojuzga al propio amor; aunque se queja,
 Le rechaza tenaz, de sí le aleja;
 Y cuando ya le ve mortificado,
 Le ofrece á Dios en el altar sagrado,
 Que su rendido corazón levanta,
 Como hostia de oblacion, víctima santa!

Así con un ardor siempre inexhausto
 El cristiano se ofrece en holocausto.
 Su amor le excita, nada se lo impide,
 Y da á la fe lo que la fe le pide:
 Superior al tormento y al tirano
 Marcha á la muerte intrépido y ufano;
 Cuesta poco morir en un suplicio
 Al que vive con tanto sacrificio.

Por eso los gentiles se asombraban
 Viendo que los cristianos primitivos
 Corrian á la muerte tan activos.
 ¡Qué hombres estos! atónitos clamaban:
 Si los denuncian, ellos se presentan;
 Si los llaman, de nada se amedrentan;
 Si á una muerte cruel se les condena,
 La reciben con alma tan serena,
 Como si fuera un dulce beneficio,
 Y marchan como en triunfo hasta el suplicio.

Si se les amenaza con tormentos,
 Responden sin mudar sus pensamientos:
 Para morir nacimos, siendo humanos;
 Mas pues, gracias á Dios, somos cristianos.

Por su fe como santos morirémos:
 El cuerpo deleznable que tenemos
 Podrá morir, pero inmortal el alma,
 Del martirio sabrá ganar la palma.
 Si quereis, ya podeis sacrificarnos;
 Vosotros creéis poder la muerte darnos,
 Pero no es esta muerte pavorosa,
 Pues produce otra vida mas dichosa;
 No es el tiempo que acaba y nos separa,
 Sino la eternidad que se prepara.
 ¡Qué hombres! qué sentimientos mas que humanos!
 Mas tales son los propios de cristianos.

PARTE SEGUNDA.

Los ilustres atletas esforzados,
 A vista de coronas tan brillantes,
 Soportaron con ánimos constantes
 Tormentos tan horribles y extremados.
 ¡Con qué pecho magnánimo y sereno
 Una madre cristiana y generosa
 A siete hijos nacidos de su seno
 Al martirio condujo valerosa!
 El tirano dictaba la sentencia:
 El verdugo encendia los braseros,
 Y preparaba con cruel violencia
 El fuego, las parrillas, los aceros:
 La sangre de los mártires corria,
 La deplorada madre la veia;

Mas su cristiano ardor no se entibiaba,
 A sus hijos intrépida exhortaba,
 Y al mas niño de todos le decia
 Para mejor avigorar su celo :
 Levanta, hijo, los ojos, mira al cielo ;
 Mira que van á abrir la hermosa entrada,
 Y allí te van á dar dulce morada.

Este discurso, y con el mismo anhelo
 Dice la Iglesia á todos los cristianos :
 Alzad, hijos, los ojos, ved el cielo,
 Y ved vuestros destinos soberanos :
 Volad con los amantes corazones,
 Llevad vuestro deseo y aficiones ;
 Si como hombres estais sobre la tierra,
 Lugar en que á los hombres se destierra,
 La calidad ilustre de cristianos
 Os hace celestiales ciudadanos.

Por poco tiempo estais en este mundo,
 En este suelo frívolo é inmundo ;
 Mas no es para gustar sus alegrías,
 Ni seguir sus erradas fantasías,
 Sino para con útiles desvelos
 Ser con grandes virtudes sus modelos,
 Con las buenas costumbres sus censores,
 Y con alto valor sus vencedores ;
 Pues nadie es buen cristiano, sino en tanto
 Que puede con razon llamarse santo.
 Esto dice la Iglesia, y la escuchamos ;
 Y este bien que su celo nos propone,

No puede ser mayor ; pero veamos
 Los deberes tambien que nos impone.

Cristiano soy, Dios sea alabado :
 Yo le bendigo humilde, pues me ha dado
 Padres cristianos, que su ley siguieron ;
 Y su doctrina con su fe me dieron ;
 Yo conozco á otros muchos, cuya suerte
 Es gemir en las sombras de la muerte.

Quando nació, la Iglesia entre sus brazos
 Me puso, me enlazó con dulces lazos,
 Y con el agua del bautismo puro
 Lavó la mancha de mi ser impuro.

Desde aquel tiempo mi conducta rige,
 Me instruyó niño, adulto me dirige.
 ¡ Qué favor ! ¡ cómo puedo encarecerlo ?

Yo no hice nada para merecerlo :
 Dios me ha escogido con bondad piadosa,
 Y esta gracia me es tanto mas preciosa,
 Cuanto con ella todo bien se alcanza,
 Y es de la vida eterna la esperanza.

¡ Cuántos la hubieran mas aprovechado !
 Si á Tiro y á Sidon se hubieran dado
 Tantas luces, tan grande beneficio,
 Vivieran con el saco y el cilicio.

¡ Cuántos bárbaros hay ! ¡ infieles cuántos,
 Que hoy fueran en la Iglesia grandes santos !
 ¡ Y yo que he hecho ? ¡ cómo lo he estimado ?
 ¡ Dónde está la virtud que he practicado ?
 ¡ Oh Dios ! estoy corrido, estoy confuso

De hallar tanto vacío, tanto abuso;
De ver, de contemplar mi inicuo trato.
Peor que bárbaro soy, pues soy ingrato.

Cristiano soy, el cielo sea loado;
¡Mas título tan noble y realzado!
No tiene alguna cosa que me asombre;
¡Tengo yo las virtudes como el nombre?
Un cristiano es un hombre que ha jurado
Tomar á Jesucristo por dechado,
Imitar sus ejemplos y virtudes.
¡Ah! cuántas deben ser mis inquietudes!
¡Tengo siempre á la vista este modelo?
¡Y copiarlo procuro con desvelo?

Un cristiano es un hombre separado,
Que al mundo siempre está crucificado,
Y su espíritu habita en un retiro;
Mas por el mundo vivo yo y respiro.
Un cristiano es humilde, cuidadoso,
Huye la gloria, teme los amores,
Sufre alegre el desprecio y sus rigores;
Pero yo siempre vano y orgulloso
No deseo otra cosa que elevarme,
Y si alguno se atreve á despreciarme,
Entro en furor colérico y severo:
¡Seré pues un cristiano verdadero?

Un cristiano es un hombre que prefiere
El rigor de la austera penitencia,
Que doma su amor propio con violencia,
Y víctima continua á todo muere;

Mas yo en todo me busco con porfía,
Y la comodidad solo me guía;
Amo mi bienestar con grande esmero,
Y si es fuerza sufrir, me desespero.
Un corazón tan flojo; ¿qué diría,
Si morir por la fe preciso fuera?
Y en un caso forzoso; ¿qué escogiera?
¡El martirio, ó la vil apostasía?
Un cristiano es benigno, es compasivo,
En servir á los otros muy activo:
Soporta los defectos, los excusa,
Se compadece siempre, y nunca acusa:
En fin, siempre prudente y moderado;
Mas yo soy impaciente, arrebatado,
Que todo lo condeno y lo censuro,
Que fomento en mi pecho el odio impuro,
La envidia injusta, y el orgullo insano:
¡De qué manera pues soy yo cristiano?
¡Esta es mi religion? ¡fatal abismo!
¡Qué fantasma, mi Dios, de cristianismo!
La vida de un cristiano es muy sencilla,
Todo le basta; nada le amancilla;
Vive, mas de manera
Como pudiera estar si no viviera,
Pues para sí no vive;
Tiene bienes, pero él no se apercebe;
Su cuerpo está en la tierra, mas su anhelo
Gira con el espíritu en el cielo;
Contento con la suerte que Dios quiere,

Vive, si es menester, y si no, muere.

Ve aquí de los cristianos el retrato;

¿Se me parece? En vano lo recato;

Si yo no me avergüenzo de mi vida,

De mí la Religion está corrida.

Yo deshonro su nombre, le maltrato,

En nada me hallo lo que ser debía,

Y léjos de encontrarme buen cristiano,

La moderada vida de un pagano

Es para Dios mejor que no la mía.

¡Santo Dios! ¡qué terror! yo me imagino,

Que en este instante el Redentor divino

Rápido desde el cielo á mí deciende,

Y que en forma visible me sorprehende;

Que hace juntar su tribunal terrible,

Y con voz magestuosa y perceptible,

Que á los ángeles mismos amedrenta,

Me dice: Vil cristiano, dame cuenta;

¿Qué pude hacer por tí que no haya hecho?

Responde: ¡cómo tú me has satisfecho?

Nacer te hice en el seno de la Iglesia,

Con la luz de la fe te he iluminado,

De gracias incesantes te he llenado,

Y el poderoso ardor con que te amaba,

Una gloria sin fin te preparaba.

¿Te he mostrado bastante mi terneza?

¿Podía hacer por tí mayor fineza?

¿Pero qué hizo infeliz tu vil malicia?

Responde, que ya es tiempo de justicia.

Yo era tu Salvador, mas tu has querido

Perderte, y finalmente te has perdido.

Yo te crié para contento eterno,

Pero tú preferiste ir al infierno.

Anda pues á sus lóbregas cavernas,

Anda á arder en sus llamas sempiternas

Con los paganos y demas infieles;

Mas tus penas serán aun mas crueles:

Tú pagarás las culpas cometidas,

Llorarás tantas gracias tan perdidas;

Llamarás á tu Dios, mas vanamente,

Pues verle no podrás eternamente.

¡O Dios, mi Salvador, Dios de clemencia,

Dios que adoro, mas Dios que tambien temo!

Presérvame de un mal que es el extremo.

Aun es tiempo, Señor, de penitencia.

Bien sé que ciego, que precipitado

A tan terrible mal me he aventurado;

Mas de hoy en adelante mi deseo,

Toda mi ocupacion, mi único empleo

Será pensar con ansia enardecida

En la entera reforma de mi vida.

Yo no me escondo, soberano dueño:

La extension absoluta de este empeño,

Sé que es cargar mi cruz continuamente;

Que es despreciar al mundo enteramente,

Morir á todo gusto depravado,

Detestar aun la sombra del pecado;

No estimar otra cosa que tu gracia;

Imitar la virtud con eficacia ;
 No tener mas deseo ni otro anhelo ,
 Que de los bienes que presenta el cielo ;
 Vivir como cristiano consumado ,
 Y en fin , morir como predestinado .

Difícil es , Señor , pero me atrevo
 Con tu auxilio á ofrecértelo de nuevo .
 Mi débil corazon ya se resuelve ,
 La flaca oveja á su Pastor se vuelve ;
 Mas feliz , si en su próspero destino
 Nunca hubiera dejado su camino .

POEMA X.

LA CONFIANZA EN DIOS.

PARTE PRIMERA.

Yo espero en tí , mi Dios , Dios poderoso ,
 Bueno , indulgente y misericordioso ,
 Y es en tí solamente en quien espero ;
 Tú eres mi único Padre verdadero .
 ¿ En quién , fuera de tí , mi confianza
 Asegurar pudiera su esperanza ?
 No puede ser en mis merecimientos ,
 Léjos de mí tan locos pensamientos ;

¿ Pues qué soy á tus ojos ? Vil materia
 Hecha de barro , y llena de miseria .
 ¿ Qué es mi vida ? Una serie de pecados ,
 De infracciones , delitos y atentados .
 En vez de que merezca tus favores ,
 Es ella quien produce mis terrores .

Ménos puedo apoyarme sobre un mundo
 En traicion y dolores tan fecundo ,
 Que hasta aquí sin reserva ha alucinado
 A todos los que en él han confiado .
 Víctimas infelices solo hace ,
 A nadie que le sirve satisface ,
 Y con sus falsos pérfidos encantos ,
 Léjos de hacer infelices , de hacer santos ,
 Los sujeta á su mísera cadena ,
 Y tu santa justicia los condena .

Tampoco poner puedo mi esperanza
 En los hombres , su amor y su alabanza .
 Maldito , dice la Sabiduría ,
 El que en brazo de carne se confía .
 ¿ Qué se puede esperar de los mortales ,
 Si apenas bastan á sus mismos males ?
 ¿ Cómo remediará males extraños ,
 Quien no puede aliviar sus propios daños ?
 Fenómenos volátiles parecen ,
 Que lucen un instante , y desaparecen .
 Ayer resplandecieron , hoy no existen ;
 Brillan hoy , y mañana no subsisten .
 Todo anuncia del hombre la flaqueza ,

Y á su misma infeliz naturaleza
 La idea de la muerte atemoriza.
 ¿Quién se puede apoyar en la ceniza?
 Es en tí solamente, Dios eterno,
 En quien mi corazon espera tierno,
 Y espera con muy sólidos motivos;
 Jamas los pudo haber tan efectivos
 Para excitar la humilde confianza,
 Y animar una tímida esperanza.

Porque yo espero en tu bondad piadosa,
 En tu dulzura misericordiosa.
 Es verdad, lo confieso, que he abusado,
 Que mucho y largo tiempo te he ultrajado;
 Mas tu misericordia es infinita:
 Nada, ni tiempo alguno la limita;
 Y si el hombre es ingrato y deleznable,
 Tu piedad es inmensa, inagotable.
 ¿Cuántos otros muy grandes pecadores
 Abusaron tambien de tus favores,
 Y de eleccion son vasos preferidos,
 Porque imploraron tu piedad rendidos?
 Un David homicida cuando llora;
 Magdalena, la amante pecadora;
 Manases afligido, delincuente;
 Agustin convertido, penitente,
 Son pruebas claras, y serán eternas
 De tus misericordias siempre tiernas.
 ¡Ay Señor! si no fueras tan piadoso,
 ¿Cuál sería el destino riguroso,

Que la flaqueza humana sufriria?
 ¿Qué recurso en sus lágrimas tendria?
 El mundo seductor con fuerza atrae;
 El hombre flaco se resbala y cae;
 ¿Y cómo alzarse sin tu amor podria?
 Haz pues, Dios de bondad, que sienta ahora
 Esa dulce bondad que mi alma implora;
 Esa dulce bondad que en tí se encierra,
 Y no puedes hacer sino en la tierra;
 Pues cuando ya no vive la malicia,
 Solo quieres que reine la justicia.

Pues que aun vivo, Señor, hazla conmigo;
 Haz que gracia tan alta contar pueda,
 Que á tu justicia inexorable queda
 Toda la eternidad para castigo.
 Perdona, que aun es tiempo que perdones,
 Y muestra perdonando á mis pasiones,
 Que tu piedad es grande y extendida,
 Como sabrás mostrar en la otra vida,
 Cuando ya tambien muere la esperanza,
 Que eres justo y terrible en tu venganza.

Tambien espero y mi esperanza es firme,
 En que tu Hijo Jesus murió por mi alma.
 ¿Qué pudiera inspirarme tanta calma?
 ¿De qué ancla mas segura puedo asirme?
 ¿Y quién de tu piedad no está seguro,
 Viendo ardor tan ardiente como puro?
 Adorado Jesus, cuando yo pienso
 En este sacrificio tan inmenso,

En tanto como hiciste y has pasado,
 Yo me digo ya casi asegurado,
 Como fuera del mar ó ya en el puerto:
 Vivir espero, pues Jesus ha muerto.
 ¿Cómo piadoso no ha de perdonarme
 El que tanto sufrió para salvarme?

Cuando sé que del cielo descendiste,
 Y que á la tierra mísera veniste,
 Por salvar á los pobres pecadores;
 Que sufriste sus pérfidos rigores,
 Porque queria tu bondad divina
 Enseñarles la luz de tu doctrina;
 Cuando me veo en medio de tu templo,
 Y en sus altares con la fe contemplo
 Esa víctima santa, esa hostia pura,
 Que llenando las almas de dulzura,
 De su incesante amor en ejercicio,
 Renueva cada dia el sacrificio,
 Y lleva nuestros ruegos hasta el cielo,
 Mi corazon sintiendo este consuelo,
 Dice con el placer en que se anega:
 A tal intercesor nada se niega.

Y cuando recogido en tu santuario
 Vuelo con el espíritu al Calvario,
 Y veo que tu amor tu sangre vierte
 Por librar á los hombres de la muerte,
 Y la mancha lavar de su pecado;
 Que herido de una lanza tu costado,
 Le ofreces á mis ojos entreabierto,

Como que quieres presentarme un puerto;
 Y cuando veo al fin con qué indulgencia
 Imploras su perdon y penitencia,
 ¿Cómo con tanta prueba y tan sublime
 Es posible que yo me desanime?
 Ni ¿cómo, viendo en tí tanta fineza,
 Podrá desalentarme mi flaqueza?

No Señor: mi esperanza es muy activa,
 Pues en tu sangre y tu bondad estriba.
 ¿Ah! cómo los humildes penitentes,
 A pesar de sus faltas delincuentes,
 Pueden en su dolor estar tranquilos.
 Tú das á sus pesares mil asilos;
 Tú no quieres perder, Dios adorado,
 Las almas que tan caro te han costado,
 Ni malograr con su infelice suerte
 Los frutos de tu sangre y de tu muerte.

Bien sé que la esperanza religiosa
 Vana no debe ser, ni presuntuosa;
 Que con las obras debe sostenerse;
 Que tú y el alma deben entenderse;
 Y que yo la quitara la eficacia,
 Si no correspondiera á tanta gracia;
 Que pudo tu poder sin mí criarme,
 Pero que no querrá sin mí salvarme:
 Todo lo sé, Señor; mas por lo mismo
 Quiero salir de tan profundo abismo:
 Desde hoy, dejando mi indolente calma,
 Voy á pensar en la salud de mi alma.

PARTE SEGUNDA.

ESPERO, por tu gracia socorrido,
 Vivir á tu ley santa sometido,
 Observar tus divinos mandamientos,
 Deplorar mis pasados escarmientos,
 Y expiarlos con lágrimas dolientes;
 Domar á mis pasiones delincuentes,
 Velar sobre mí mismo, reprimirme,
 Con mi prójimo tierno conducirme,
 Y hacer con él, porque se satisfaga,
 Lo que deseo que conmigo haga.

Estos son los deseos que me inspiras;
 Y pues que tú me das tan altas miras,
 Harás que mi alma con tu gracia cuadre:
 Tú eres mi Criador, eres mi Padre.
 Enormes son, Señor, mis atentados:
 Muchos y horribles fueron mis pecados:
 Su memoria me aflige, me atormenta,
 Y yo los abomino y los detesto;
 Mas no me quitan el valor por esto,
 Y mi esperanza no se desalienta.

La misma muchedumbre que me hiere,
 Es un nuevo motivo de que espere.
 El Rey Profeta te decía á gritos:
 Perdona, que son muchos mis delitos.
 Yo te digo lo mismo, Dios clemente,
 Porque he sido tan grande delincuente.

Porque fueron tan grandes mis errores.
 El perdón de tan pérfidos horrores
 Mostrará al universo tu paciencia,
 Y es la gloria mayor de tu clemencia.

Así no solo espero me perdones
 Las culpas de mi mísera flaqueza,
 Sino también que añadas la riqueza
 De tus divinos soberanos dones;
 Que apagarás el fuego y la viveza
 De mis fieras indómitas pasiones;
 Que podré por tu gracia sostenido
 Soportar, corrigiendo mis excesos,
 La mucha carga, los enormes pesos
 De este mundo maligno y corrompido.

Que la suerte mas triste, la mas dura,
 La mas llena de horror y de amargura,
 Que me quisiere dar tu providencia,
 Aceptaré rendido con paciencia,
 Sabiendo que es piedad este castigo,
 Que estos golpes me vienen de un amigo;
 Que si á muchos trabajos me condenas,
 Es por librarme de mayores penas,
 De las penas terribles del infierno;
 Y léjos de quejarme, mi ardor tierno
 Irá con ansia dulce y amorosa
 A besar esa mano poderosa,
 Que me castiga para perdonarme,
 Y que solo me aflige por salvarme.
 Espero sobre todo que me auxilies,

Y que contigo ; ó Dios ! me reconcilies
 En los tristes momentos y postreros,
 Cuando ya los mortales pasajeros
 Ven que término tuvo su camino,
 Y á descubrir empiezan su destino.

¿Cómo pudiera tu piedad sensible,
 Que crió, que conserva el alma mia,
 Dejarla abandonada en la agonía
 De aquel instante crítico y terrible,
 En que del tiempo acaba la carrera,
 Y empieza ya la eternidad entera ?

¿Cuál sería, Señor, mi suerte horrible ?

Es entonces que tiene mi indigencia
 Mayor necesidad de tu asistencia.

Para entonces, Jesús, tu piedad llamo,
 Para aquel trance tu bondad reclamo ;
 Que si hasta aquí viví por mi malicia,
 Muera por el amor de la justicia,
 Y de mi vida la fatal desgracia
 Se repare en mi muerte con tu gracia.

Estos son los principios, los motivos
 Que me hacen esperar : sé que son vivos ;
 Pero hazme, Dios, pues tan piadoso eres,
 Que tenga los cristianos caracteres,
 Para que mi esperanza inalterable
 Sea á tus ojos justa y agradable.

Haz pues que sea íntima y activa,
 Y que llena de fuego, siempre viva ;
 Entre al fondo de mi alma, donde grabe

Esta paz que el amor grabarnos sabe ;
 Que no solo este ardor explique el labio,
 Sino que el corazón ardiente y sabio,
 También diga con ánimo sincero :
 En tí espero, mi Dios, solo en tí espero.

Haz que con esperanza tan segura
 Nada jamás consiga titubearla ;
 Que ni los hombres puedan desquiciarla ;
 Ni el mundo, ni el placer, ni la amargura,
 Ni regalos, temores, ni violencias,
 Ni de todo el infierno las potencias,
 Ni en fin nada, si todo se conjura.

Haz, Señor, que también constante sea,
 Y me acompañe hasta el postrer aliento,
 De manera que en mi fallecimiento
 Junto á mi sepultura en pie se vea :
 En fin, que sea tan tenaz y fuerte,
 Que en el mismo momento de la muerte,
 Cuando en la eternidad su vista fija,
 Mis últimos suspiros te dirija.

Estos son mis deseos é intenciones,
 Estas de mi alma las disposiciones ;
 Con ellas vivo ahora, y vivir quiero,
 Y con ellas también morir espero.

¿Cómo pues con tan plácida esperanza
 Puedo temer recelo ni mudanza ?
 ¿Cómo á vista de bienes inmortales
 Inquietarme pudieran breves males ?
 ¿Quién no soporta penas pasajeras,

Quando aspira á las dichas verdaderas?
 El que á su patria presuroso viene,
 ¿Para qué en el camino se detiene?
 ¿Y qué serán por fin las penas mías?
 Penas ligeras, y de pocos días.

Qué pues? ¿no ha de costarme algun desvelo
 Ganar la gloria, y adquirir el cielo?
 ¡Santo Dios! mi esperanza en tí se funda:

No es posible, Señor, que me confunda;
 En los mayores riesgos y pesares,
 En medio de las tierras y los mares,
 En los sucesos mas desesperados
 De hombres ó de elementos enojados;
 Cuando luz no se vea, ni algun medio;
 Cuando todo perezca sin remedio,
 No temerá un instante mi firmeza,
 No me verás desmayo ni flaqueza,
 Y esperará mi tierna confianza,
 Aunque no viere un rayo de esperanza.

Estos mismos pecados que deploro,
 Pues que por tu bondad triste los lloro,
 Bien podrán afligirme y humillarme,
 Mas no podrán, mi Dios, desalentarme;
 Pues aunque temo mucho tu venganza,
 Los temores no excluyen la esperanza,
 Y ambos á dos unidos de concierto
 Son los que pueden conducirme al puerto.

En fin, mi Dios, porque no sea vana,
 En uso de la máxima cristiana

Me ocuparé en acciones virtuosas,
 Obras de caridad y religiosas;
 Pues aunque sé que en tí puedo fiarme,
 Sé tambien que no debo descuidarme.

POEMA XI.

EL PECADO MORTAL.

PARTE PRIMERA.

¿Qué es el pecado? ¿ó santo Dios eterno!
 ¿Qué nombre tan terrible y espantoso!
 Si le pronuncia el labio pavoroso,
 Despierta las ideas del infierno.
 Cuando este nombre formidable escuchas,
 Juzgas que con razon mortal le llaman,
 Porque á los infelices que le aman,
 No solo da una muerte, sino muchas.
 ¡Cuántas muertes, ó Dios, nos da el pecado!
 La muerte espiritual, que al alma mata,
 Porque ya está con ella Dios airado,
 Y el pecado tan áspero la trata,
 Que siendo de un verdugo sus acciones,
 La priva de la gracia y de sus dones.